

PERENNIDAD DE LA "SILVA CRIOLLA"

*por Augusto Germán Orihuela*

A. G. ORIHUELA



En el número anterior (Nº 7, julio de 1959) acogimos en las páginas de esta publicación un notable ensayo del Profesor AUGUSTO GERMAN ORIHUELA, sobre la vida y la obra del máximo novelista del Modernismo venezolano, Manuel Díaz Rodríguez.

Con motivo de haberse cumplido en el mes de agosto último el cincuentenario de la muerte del autor de la "Silva Criolla", el Profesor Orihuela escribió, especialmente para este "BOLETIN", la hermosa página que insertamos a continuación, en la cual evidencia, una vez más, las innegables dotes de fino comentador de nuestro devenir literario, que constituyen una como constante de sus trabajos interpretativos y de crítica.

De nuevo, este "BOLETIN" expresa su complacencia por contar entre sus colaboradores al Profesor Orihuela.

R. P-D.

PERENNIDAD  
DE LA  
"SILVA CRIOLLA"

por  
A. G. ORIHUELA

El 9 de agosto de 1959 se cumplieron cincuenta años de la muerte del gran poeta nacional Francisco Lazo Martí. Ya nadie se atreve a objetar que es uno de los valores mayores de nuestra poesía. No hay vacilación al respecto. Es consenso general. Ni aun los más jóvenes se atreven a negarlo. Hace ya bastante tiempo que la perennidad de sus valores es reconocida y cada día se afianza más.

Ninguna oportunidad mejor que la presente, en que conmemoramos su muerte en el primer cincuentenario, para tratar de precisar los valores que dan a su obra la vigencia que a través del tiempo le acompaña y, a la vez, celebrar la honda resonancia espiritual que para los venezolanos de cualquier latitud tiene su gran canto llanero, gloria y orgullo de nuestra producción poética.

En Lazo Martí hay una circunstancia de orden histórico que no podemos perder de vista ni un momento siempre que aspiremos a explicarnos al poeta en función del hombre. Ella es la de su nacimiento. Detalle de singular importancia en lo referente a la época en que tal suceso ocurre. Es el año de 1869. El país que ha sido sacrificado por una guerra civil que duró cinco años largos, en que sufre toda suerte de violencias y en que los que

lucían como los más fuertes estamentos de la sociedad han sido seriamente agrietados; en que parece que realmente se ha operado una revolución, pero también en que todo ha quedado exhausto, con un agotamiento del que va a necesitar muchos años de empeños y realizaciones para convalecer, está ahora en las manos del hombre que ha demostrado tener mucha mayor capacidad, en todos los órdenes, que sus contemporáneos, a pesar de su engreimiento y de la visión un tanto operetesca, cuando no trágica y atrabiliaria, con que adorna sus actos de gobierno. Es la época de Guzmán Blanco. En la cual alternan el rigor con la demagogia y el peculado. Epoca en la que junto a obras de orden material, se ejecutan atropellos y arbitrariedades sin cuento. Pero que también va a ser etapa de transformación universitaria, en que nuevas corrientes de filosofía y ciencia —positivismo y evolucionismo— aportarán renovación de pensamiento que ha de traducirse en nuevas concepciones de la vida y del hombre. Y Lazo Martí es un hombre de su tiempo. Pero no cortado por el cartabón común, sino que como tal va a ser ejemplo patente de la transición que le corresponde vivir a su generación. Si es verdad que hay ataduras que lo ligan al pasado, también es cierto que su perspectiva vital estará alimentada con nuevas ideas y tanto en su mente como en su corazón de venezolano integral, los problemas de la tierra natal y su habitante, tendrán tan honda resonancia, tan honda repercusión, que se plasmarán en su poema inmortal.

Como hombre de su tiempo se ve arrastrado por el tráfigo inexorable de las guerras civiles —signo, dilema y cruz de la Venezuela del siglo XIX—, toma parte activa y ferviente como soldado y como médico en dos de los movimientos de la época, en las llamadas revoluciones “Legalista” y “Libertadora”. No cabe duda que de esa tremenda experiencia el poeta va a sacar la impresión nefasta de un país que periódicamente se desangra, sin beneficios para nadie y con muchos daños de los que difícilmente se repondrá. Por ello es por lo que años después en su “Silva”, con estremecido dolor venezolano, cuando pide al Bardo amigo “que cese al fin tu dilatada ausencia”, dirá:

*“Por amor a tu raza en desventura;  
por esta pobre tierra,  
que el maléfico genio de la guerra  
convierte ya en enorme sepultura”.*

Es que ha vivido la tragedia venezolana de su tiempo. Ha sentido en carne propia la angustia y el dolor que agobian a su generación, que merma cada día el enrumbamiento del país por mejores cauces, que resta brazos y fuerzas al trabajo y al progreso, y se duele de esta manera:

“.....  
*por estos seres buenos y sencillos;  
por este pueblo amado,  
que vive —noble víctima— entregado  
a la ciega ambición de los caudillos”.*



Francisco Lazo Martí

Es que Lazo Martí es hombre de transición. Nutrido su pensamiento por nuevas concepciones de la ciencia y de la filosofía, tuvo aún que enfrentarse a la dura verdad venezolana de las guerras fratricidas, pero reacciona contra lo que para su momento era fatal e ineludible: la búsqueda de soluciones por la violencia, que naturalmente era más bien engendro de mayores problemas. Y como poeta establece la gran lección. No considera

que como tal debe ignorar la realidad circundante, sino que por el contrario, de ella se empapa, impregna su espíritu y levanta su voz de protesta. Está en total desacuerdo con los procedimientos en uso y considera que ha sido el personalismo de caudillos ambiciosos el causante de tantas desventuras. Si biológicamente estuvo en el cruce de dos siglos, mentalmente supera su propia etapa, pues considera que la lucha que ha de librar el venezolano no es la de los campos de batalla, sino la del trabajo, la del aprovechamiento del medio geográfico, la del engrandecimiento del pueblo por la diaria labor, y así dice:

*“¡Es tiempo aún de combatir! Acude  
ven a luchar con juveniles bríos,  
por el bien de la raza cuyos lares  
consagra el almo sol junto a los ríos  
y cerca de los pródidos palmares!”*

Otro aspecto de singular relieve en Lazo Martí es el referente a valores éticos y a las falaces posiciones políticas. Bien sabido es que la capacidad emocional del poeta, colocada ante la vasta naturaleza del llano, fue la que hizo que su extraordinaria sensibilidad se aguzara hasta el punto de lograr —a través de ocho redacciones distintas, como lo afirma Edoardo Crema— la definitiva “*Silva Criolla*” que hoy conocemos. Lo cual no significa en ningún momento que a Lazo Martí, como dice Julio Planchart, “debía ocurrirle que en la ciudad, aunque fuese tan pequeña como la Caracas de hace treinta años, encontraba el espacio estrecho, las calles angustiadas, los ruidos desapacibles y el hombre fingido y antinatural”, sino que su creación obedecía a un plan predeterminado, como era establecer contraste entre la vida urbana y la vida rural —llanera—, con predominio de la segunda. Y es por ello por lo que, pese a su fina sensibilidad, el poeta invita al Bardo amigo que abandone “el brumoso horizonte que de apiñadas cumbres se corona”. No porque el valle caraqueño le resultara oprimente o estuviera incapacitado emocionalmente para apreciar la belleza natural —el Avila, las vegas circundantes y los pequeños ríos— de la ciudad finisecular, sino porque en él había una actitud y un fin que se hicieron tangibles en su gran poema.

Así vemos cómo toma un elemento natural —la montaña— de indudable belleza, que seguramente en sus años de estudiante universitario debió impresionar su sensibilidad poética, y la presenta como un factor negativo del paisaje citadino, que se propone contrastar al paisaje llanero, cuando dice:

*“Guárdate de las cumbres...  
Colosales, enhiestas y sombrías,  
las montañas serán eternamente  
la brumosa pantalla de tus días”.*

Salta a la vista la intención. Esos puntos suspensivos después de la palabra “*cumbres*” son muy significativos. Es evidente que la palabra está tomada en un indiscutible sentido metafórico, como resalta posteriormente al decir:

*“¡Ah! de las cumbres,  
baja la nieve a entumecer las almas...”*

No se puede ser más simbólico. Jamás de las cumbres naturales caraqueñas ha bajado la nieve.

Y ya sabemos que el tono, las ideas y la expresión de la primera parte del poema, tradicionalmente conocida por la “*Invitación*” es de una clara intención moralizante. Punto éste, por cierto, en que coincide, tal vez por influencia —de lo que jamás ha estado exento ningún poeta— de Andrés Bello, “manantial claro y puro de límpida corriente tradicional en Venezuela”, pues igual tono e intención hay, como se recordará, en la silva “*A la agricultura de la Zona Tórrida*”.

Si el paisaje extraordinario de su tierra llanera le es fuente de inspiración para la creación de imágenes poéticas, no pierde nunca Lazo Martí —buen positivista con raíz en los clásicos— el verdadero sentido de esa realidad. No idealiza. Ese es precisamente su mayor mérito de poeta: lograr la belleza de imágenes sin desvirtuar la verdad del fenómeno natural, de la dimensión geográfica o del accidente provocado por el hombre:

*“.....  
el moribundo sol parece un cirio  
que alumbrara honda cámara mortuoria.  
.....”*

*Llanura o cielo, cúspide o abismo;  
¡santa Naturaleza!  
para el dolor que vive en tu grandeza  
¿cuál palabra mejor que tu mutismo?*

.....

*Ya dos veces, monstruoso y despiadado,  
sobre la tierra pródiga, el incendio  
su abanico flamante ha desplegado”.*

dice al hablar del fuego sabancro que bien puede ser espontáneo o provocado. Ese es el gran paso de avance que la obra suya representa en la evolución poética venezolana. Porque si hereda el nativismo desde Andrés Bello, a través de los románticos, es con él con quien la tendencia va a alcanzar culminación, mediante un proceso que bien podría calificarse más de purificación que de selección. Cosa que se advierte perfectamente al comparar imágenes de sus poemas menores —de señalada influencia romántica— con las de su “*Silva Criolla*”. Nótase en seguida la diferencia por superación en feliz logro de culminación.

Al recordar, pues, a Francisco Lazo Martí, en el cincuentenario de su muerte, es justo reconocerle que, hombre de encrucijada vital —nace en el siglo XIX y muere en el XX— entiende a cabalidad su misión en el tránsito de un modo, de una manera de comprender y realizar la vida, y como poeta también supo captar la realidad ambiental de un paisaje representativo de Venezuela, el llano, hasta hacerlo cristalizar en un de los mayores poemas de toda la creación nacional y que a la vez representa la más alta expresión de una tendencia.

## HORACIO Y SU LIRICA

*por Edoardo Crema*